

dalismo general. Vemos cumplida la obra, tocamos sus saludables consecuencias, pero no advertimos su inmensa dificultad. Se necesita un esfuerzo extraordinario, y eso que los reyes venían preparándolo desde fines del siglo décimo cuarto en una doble guerra con el clero y con las aristocracias. La razón del Estado se sobrepuso á todo. Nacieron hombres que parecían como cifras, según daban de mano á todo escrupulo en la realización y cumplimiento de su ministerio histórico. Escribiéronse las artes de fingir y engañar, teorizando la profesión y propagando la mentira. El Rey forjó por medio de las Universidades y de los jurisconsultos la corona del derecho divino para sus sienes, cuando en los siglos anteriores, habíala forjado por medio de los conventos y de los teólogos para sí los Pontífices. Desde la *Imitación de Cristo* al príncipe de Maquiavelo media una inmensa distancia, y hay que decirlo, dominan más en el siglo del Renacimiento las máximas de Maquiavelo que dominaron en los siglos del clero los principios de la *Imitación*. Luis XI, Alejandro VI, César Borgia, Fernando V, Enrique VII y Enrique VIII, parecen como una sola personalidad, según han perdido todos la conciencia para servir á la formación y establecimiento de sus respectivos Estados. Cuando comunica Felipe el *Hermoso* de Austria á Fernando V de Aragón, como decía Luis XII de Francia que le había engañado tres veces, contesta Fernando á su yerno estas memorables palabras: «El bellaco miente; lo menos le he engañado siete veces.» Idos con escrupulos á Luis IX, al tratarse de agrandar su Francia, sumándole Borgoña; ni á Fernando V, al tratarse de agrandar su España, sumándole Navarra. El pobre desposeído Albret imaginaba que éste renunciaria en su lecho de muerte á Navarra para granjearse la gloria celestial. Pero Fernando V no sentía remordimiento alguno por las mentiras espectadoras y los engaños perpetrados en la obra de unificar sus monarquías, y no confesó de ningún modo en su trance último aquel pecado, de cuya comisión le han absuelto con creces la Historia y la patria. ¡Qué serie de canalladas cometen! ¡Cuántas perfidias hacen y cuántos embustes dicen! ¡Cómo prescinden á una de toda moral! ¡Qué zorreros en los tratos! ¡Qué fieras en las batallas! Han menester desde una política nueva hasta una nueva estrategia. Contra Roma deben constituir el Estado de todo en todo independiente; contra el feudalismo deben constituir un solo señorío contra tantos señoríos. Hay que arremeter contra Irlanda, herir á magnates como el condestable Borbón, entrar á saco en Roma, ganar con simonías grandes ventajas para el regalismo, perjurar en los tratados, perseguir y descabezar al príncipe de Viana y á María Estuardo y á Rodrigo Borgia; todo se hará, todo sin vacilación para constituir la grande Francia, la grande Inglaterra, la grandísima España, necesarias indudablemente á la realización del mundo social que continúa la obra y el misterio de la creación, encarnando en formas superiores la vida. La razón del Estado entrará en las revoluciones modernas y tendrá gigantesca personificación.



## CAPÍTULO TERCERO

Descomposición de los grandes poderes europeos antes de la revolución francesa



VULGAR, y amén de vulgar por extendida, robusta por arreglada, la creencia de que murieron la clerecía en su estado secular antiguo; la realeza en su poder absoluto; el feudalismo y la influencia moral de muerte súbdita en la revolución francesa. [Sin embargo, no conozeo más infundada creencia. Nunca mueren las viejas instituciones de un rayo ó de un tiro. Fuéronse descomponiendo las antiguas europeas en una descomposición sistemática y gradual. Antes de que los revolucionarios franceses llegasen á su ensañamiento con la monarquía y con la Iglesia, hiriéndolas como las hirieron, hubo en verdad otras revoluciones de muy otra estirpe y categoría en Europa. ¿Cuáles? preguntaréis. Pues las revoluciones hechas por los Reyes de los siglos medios y del Renacimiento. Abrid los anales de nuestra Historia, y veréis cómo aquellos Monarcas, que cayeron combatidos por los revolucionarios en el polvo, precedieron á las revoluciones en sus combates con los sacerdotes y con los aristócratas. Del primer combate, del combate con la Iglesia, nos dan testimonio el regalismo, el luteranismo que fué obra de los Reyes en Alemania, el dogma y el culto anglicanos equivalentes al catolicismo sin el Papa, la Iglesia galicana toda para los Reyes, la expulsión de los jesuitas en que aquéllos entraron, la constitución de una Iglesia tan del Estado y tan independiente de Roma en lo posible como las iglesias por nosotros planteadas en los territorios de nuestras invenciones y de nuestros descubrimientos. Pues no digamos nada de lo que hicieron los Reyes con los nobles. La fijación del derecho no más, ya significaba un ataque por el pie al árbol nefasto de las potencias feudales. Acostumbradas éstas á juzgar por medio de un derecho, consuetudinario y real, en que no había poder alguno superior al suyo, [arbitrario y omnímodo, recibieron un golpe de muerte, así que fijaron innovadoras y



revolucionarios como nuestro Rey don Alfonso X en el pergamino y en el papel, aquellas costumbres conocidas con el nombre de *tazañas* y *albedrios* constitutivas de un despotismo tanto más abominable, cuanto que tenía cien cabezas y estaba en todas partes á un mismo tiempo. Dado el golpe de dejar la legislación feudal, precisaba oponer á sus fraccionamientos la unidad, y para esto concibió y dictó Alfonso X sus dos obras capitales, una más teórica que práctica, las *Partidas*; otra más práctica que teórica, el *Fuero Real*. Tras el verbo de la revolución monárquica entre los señores feudales, vino lo que tras el advenimiento de todo ideal por leyes naturales viene, un período de acción. El representante de tal período fué Alfonso X, y la obra capital de tan grande monarca el *Ordenamiento de Alcalá*, congruentísima con el *Fuero Real* y las *Partidas*. Esta grande acción inmanente contra la nobleza, cuyas demasías naturales supo contener dentro de ciertos límites la *templaza* que unía el undécimo Alfonso á un valor temerario, exacerbóse bajo su hijo y sucesor don Pedro I, á quien todos llamamos el *Cruel*. Muchas crueldades cometió este rey, pero todas contra el feudalismo dirigidas, y en favor de un principio tan saludable como la unidad material del Estado, preliminar necesario á la unidad interna y espiritual de la patria. Revivióse la *bastarda política* de los nobles contra los esfuerzos de don Pedro, personificándose á su vez en una dinastía de bastardos, en la dinastía de los *Trastamaras*. La nobleza logró con el triunfo de estos infames sobre su noble hermano una creación favorable á sus intereses, que duró todo un siglo. Pero el intento, reanudado por la política de don Alonso y de don Pedro, se volvió á reanudar por medio de don Alvaro, quien vió marrar sus esfuerzos y pagó con el suplicio su gloriosa previsión, hasta que fué á personificarse con gloria en los Reyes católicos, fundadores, no solamente de la unidad nacional, fundadores de la unidad del Estado, que tanto debía contribuir á la formación de nuestra nacionalidad. Pues por una descomposición interior análoga, un día pasaron los viejos poderes antes de la revolución.

Larga, secular formación la de estas grandes instituciones. El Pontificado comienza con los siglos primeros de la Iglesia; y llega con espacio á su mayor altura dos siglos antes de concluirse aquel gran período histórico denominado *Edad Media*. Desde el tiempo en que el Obispo San Clemente hecha las bases de la supremacía eclesiástica de Roma, hasta la irrupción de los bárbaros en que Roma, por virtud de sus Pontífices, alcanza tanto influjo moral, centenares de años han transcurrido y profundas transformaciones se han verificado, para que la nueva institución llegue á madre, maestra, señora de todas las instituciones fundamentales. La tendrá en tutela el Imperio bizantino: la combatirá con ardor el espíritu arriano; los lombardos de un lado y de otro los tenaces ostrogodos querrán disputarle tierra y poder; pero la Santa Sede, levantándose sobre todas las autoridades por su fuerza intelectual y moral, rehará al Imperio y le entregará el cuerpo, mientras ella se quedará con el alma de la sociedad cristiana. El Papa que absuelve á Pipino de sus usurpaciones antes de co-

menzar el siglo noveno; y aquel otro que pone por la Navidad del 800 la corona imperial sobre las sienes de Carlo-Magno; y aquel que obliga más tarde al emperador Enrique IV á ir de rodillas al palacio de Canosa; y el que promueve la liga lombarda contra Federico Barbarroja; y el que somete la casa de Suabia con imperio al Pontificado y educa al gran Federico II que debía luego volver sus garras imperiales contra la iglesia; todos estos Papas, no obstante los combates continuos, á que se ven con frecuencia condenados, llámense Zacarías, Urbano IV, Gregorio VII, Alejandro III, el gran Inocencio, personifican y representan la suprema influencia y el supremo poder de las altas instituciones pontificias. Pero, deshecho el Imperio por la mano de Inocencio IV, extinguida la caballescica dinastía de Suabia, degollado Coradino en la Plaza Mayor de Nápoles, rota la unidad imperial, debilitados por el interregno y por la pública venta de la dignidad cesárea todos los poderes públicos de la Europa católica y feudal; las monarquías laicas debían continuar la obra de fundar las sociedades civiles, á pesar de la monarquía pontificia, y en esta obra la nación pontifical por excelencia, la descendiente de los Carlovingios y de los Capetos, debía en los planes providenciales abrir herida incurable al sacro corazón de la iglesia, refugio y asilo hasta entonces de la humanidad en sus tribulaciones y en sus dolores. Cuando Nogaret opuso el derecho civil romano al derecho canónico romano; cuando Colonna tendió por tierra, sin respeto ni piedad, á Bonifacio VIII, haciendo rodar llaves, báculo, tiara; el primero formuló todo el ideal de la revolución monárquica, y el segundo derribó la fortaleza que á esta revolución se oponía y el sublime faro que iluminaba las conciencias con su luz y con su calor avivaba los pueblos ¡Analogía grande, pues, la existente de suyo en el espacio y en el tiempo entre la revolución de los Reyes contra los nobles y la revolución de los Reyes contra los Papas!

Ni una palabra comprenderíamos de los tiempos modernos, si no estudiásemos los tiempos medios. Las condiciones principales, ó mejor dicho, los cánones capitalísimos, en que la vida de la Edad Media se contenía, eran estos: primero, unidad de espíritu y creencia; segundo, supremacía del Papa sobre los poderes eclesiásticos y civiles; tercero, unión del Papa y del Concilio; cuarto, clero secular, clero regular, órdenes monásticas así armadas como inermes, así poderosas como mendicantes, reunidas en torno de la autoridad sublime del Pontífice y sustentando la Iglesia católica en la tierra, cual ángeles, arcángeles y serafines sustentan el santuario de Dios en los cielos. Así que cae el imperio en la persona de Coradino, y cae el Pontificado en la persona de Bonifacio VIII, todos estos cánones de la civilización católica se alteran ¡ah! con profundísimas é irremediables alteraciones. La unidad de creencia se destruye hasta el extremo de que, en cada región europea, estalla una herejía predominante. La unidad de poder se rompe en tales términos que hay dos Emperadores en Alemania y tres Papas en la Iglesia. La supremacía del poder religioso sobre el poder civil se cambia en términos que los Papas quedan cautivos de los reyes de Francia



en la francesa ciudad de Avignon. La unión de los Papas con los Concilios se rompe de tal suerte que se truecan estos en Asambleas revolucionarias con pretensiones á contener toda la Iglesia y á prescindir por completo del Pontificado. La jefatura y dirección de las órdenes monásticas se quebrantan con tal quebrantamiento, que el Papa mismo persigue á los franciscanos más avanzados por comunistas y por herejes; y disuelve y castiga y deshonorra á sus propios ejércitos permanentes, á su milicia sacra, á sus soldados más brillantes, á la legión por excelencia del catolicismo, á los mártires sin los cuales fueran imposibles las peregrinaciones en Tierra Santa, á los héroes que sostenían las cruzadas contra los decretos de la misma naturaleza, á los hombres á quienes viera con su cruz al pecho y su armadura brillantísima, los soldados de la Fe, aquella piedad de los siglos medios, en una palabra, á los templarios, es decir á la caballería andante de la Iglesia.

¡Cómo mueren las instituciones condenadas á la muerte por el Cielo y por sus providenciales decretos! Sin conciencia de lo que hace, sin albedrío para dejar de hacerlo, bajo las leyes de una fatalidad mecánica, dinámica, orgánica, produce Naturaleza en ciertos periodos adaptados á esta producción, especies varias, de tales órganos armadas, por tan maravillosa manera constituidas, que digan cuanto quieran los enemigos implacables de las causas finales, parecen responder en sus movimientos, en sus cambios, en sus transformaciones á un ideal y norma que no cabe en el espacio y que vence y supera y sobrevive á la impetuosa corriente de los tiempos. En una particular atmósfera, perfectamente á sus órganos adaptada, en una tierra con biológicas condiciones propias para desarrollar cierta especie de vida, en una flora que ofrezca sombra y alimentos, ciertas especies apenas comparables á las hoy existentes y que se aparecen cual monstruos mitológicos en los terrenos explorados por geología moderna, viven y crecen y se propagan hasta que el aire cambia en derredor suyo y les faltan bases en el planeta y las selvas gigantescas donde vivieran se carbonizan ó se petrifican, por todo lo cual tienen que ceder el espacio á otras especies, y enterrarse en sus tumbas de carbono, de greda, cal, desapareciendo para siempre, porque las han devorado los mismos misteriosos agentes que las habían producido. Pues un trabajo análogo al del planeta, es el trabajo de la sociedad en la constitución de sus instituciones. Ciertas creencias generales que á todos nos dominan; ciertos principios que nos parecen tan verdaderos y necesarios como las fuerzas que rigen á la creación; ciertas costumbres formadas poco á poco por el tácito consentimiento y por la continua vida de todos; desde las obras del arte divino hasta las obras del trabajo industrial, desde los monumentos hasta las ideas, lo que parece más débil, lo que creerías con menos poder y menos influencia, la fatalidad de la vida social, contribuye á la formación y arraigo de ciertas instituciones, que cuando tienen este apoyo, viven con tanta fuerza en la sociedad como las especies más vividoras por más amantadas en los ubérrimos pechos de la inmortal naturaleza. Pero cuando las creencias se cambian y las ideas se alteran y los corazones abri-

gan sentimientos diversos á los que reinaran con tanto imperio en otros tiempos; cuando, desde la oración más etérea hasta la industria más útil, se modifican porque con ellas se ha modificado también el espíritu, su generador, las instituciones, resultado siempre de las ciencias, cristalización de las ideas, reflejo de las interioridades de nuestra alma, las instituciones cambian con profundísimos cambios y renuevan las fases de la sociedad de la misma suerte que se renueva la vida por el advenimiento y por la muerte de las sucesivas generaciones humanas. El Pontificado y el Imperio, en la muerte de la antigua sociedad y en el vencimiento de la nueva, recogiendo ambos los restos de la cultura romana y consagrándolos al progreso de la cultura moderna; venido el uno á contrastar con su religiosa y moral unidad las anárquicas irrupciones de los bárbaros; venido el otro á contrastar también con su política y material unidad la desorganización traída por el feudalismo; conteniendo ambos el alma y la materia, la conciencia y el cuerpo, la idea y el organismo de aquella gran sociedad, brotaron y crecieron en un aire propio, al cual estaban como adaptados, bajo leyes de innegable universalidad é ideas universalmente creídas y aceptadas; por todo lo cual vivieron desde el siglo noveno al siglo décimo-tercio en verdadero auge y apogeo, hasta que las ideas se cambian, hasta que las creencias se modifican, hasta que las costumbres se alteran, hasta que las nuevas fórmulas espirituales vienen como á traer una más nueva y más necesaria sustancia social, que se encierra y se contiene en varios y progresivos organismos. A esto es á lo que ha llamado la ciencia moderna el medio ambiente.

Para comprender esto no hay como acercar unas edades á otras edades, unos siglos á otros siglos. Comparad el siglo décimo-tercio con el siglo décimo-cuarto. En el primero se reconquista Jerusalén, y en el segundo, se castiga como á vulgares criminales, á las Órdenes que la reconquistaron; en el primero se escribe todavía en el latín eclesiástico, que denota la unidad del espíritu, y en el segundo, comienzan á volverse hacia la prosa vulgar los grandes escritores, como para demostrar de qué suerte los principios de variedad se han sobrepuesto á los principios de unidad; en el primero, los tipos católicos por excelencia de San Luis, de San Fernando, y en el otro, los tipos de Reyes crueles, como los Pedros de Portugal y de Castilla; ó de Reyes rebeldes, como los Felipes de Francia; en el primero, los Papas divinizados, como Inocencio III, y en el segundo, los Papas heridos y arrastrados, como Bonifacio VII. Así, cuando las catedrales de Colonia, de Burgos y de Toledo se van levantando en los aires; cuando las estancias de la Divina Comedia se van difundiendo por todos los corazones y todos los oídos; cuando se cierra como un gran libro testamentario la síntesis teológica en los capítulos de la Suma; cuando en el cementerio de Pisa, en los claustros del convento seráfico, Giotto trae los bienaventurados del Cielo; cuando San Francisco de Asís canta como los ruisñores y emigra como las golondrinas, sostenido por las místicas alas de su fe religiosa; cuando se abre aquella centuria por el combate de las